

que las condiciones materiales causen ideologías, ni que éstas causen hechos materiales. Lo que pretende es, por tanto, algo muy parecido a las “afinidades electivas de Max Weber” (a quien, sorprendentemente, Blumenberg no cita en todo el libro). Pero, si éste es el caso, se echa en falta algo más de claridad sobre el procedimiento: ¿qué quiere decir que las circunstancias históricas hacen comprensibles los hechos? ¿Está justificado hablar de ese tipo de condicionamiento que no llega a ser causación? Finalmente, con respecto a la voluntad de Blumenberg de explicar las aceleraciones y ralentizaciones, las aceptaciones y los rechazos de los procesos: ¿no son tales aceleraciones, etc. otros tanto procesos? ¿Si una ideología ralentiza un proceso, no podemos ver una relación causal entre esa ideología y un proceso material consistente en ralentizar un segundo proceso ya en marcha?

En cualquier caso, estos comentarios no pretenden cancelar el proyecto de Blumenberg, sino exponer posibles trabas para poder eliminarlas.

Fernando GARCÍA MENDÍVIL
 Université de Pau et des Pays de l'Adour

MUÑOZ, J.: *Filosofía y resistencia: intervenciones*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, 224 pp.

En el mundo fragmentado en el que vivimos ¿es posible el ejercicio auto-reflexivo? ¿Es posible un pensamiento que vaya más allá de la mera actualidad, de la mera inmediatez? ¿Se puede pensar el presente? Las reflexiones de Jacobo Muñoz en *Filosofía y Resistencia* giran precisamente en torno a esta cuestión, en torno a la posibilidad de reflexionar sobre nuestro tiempo histórico, en torno a la posibilidad de *construir* lo que él llama una ontología del presente.

La problematización de este asunto, no es para nada puro pasatiempo o mero ejercicio intelectual, es una cuestión que nos apela con urgencia –por cuestiones históricas y filosóficas hartamente señaladas– desde el presente. Y es que en un presente caracterizado principalmente por su *complejidad*, por una multifocal *crisis civilizatoria*, por procesos de *globalización* cuyo puerto no se sabe muy bien cuál va a ser, en un mundo en definitiva –usando la expresión del autor– *tremendamente astillado*, se hace más que necesario el intento de establecer algún tipo de nexo de sentido entre toda la multiplicidad de fragmentos en los que se ha descompuesto nuestro tiempo histórico. Es a esta tarea, sostiene Jacobo Muñoz, a la que se debe dedicar –entre otros– la filosofía, entendiéndola a ésta como un ejercicio de resistencia.

Resistencia precisamente porque no se trata de resignarse con lo dado, de quedarse en las convenciones o en los dogmas, sino de ser críticos. Jacobo Muñoz entiende en efecto, que la filosofía no puede tener otra forma sino la de «autoconciencia crítica de una cultura».

Sin embargo, como acabamos de señalar, la posibilidad de un pensamiento totalizador se vuelve problemática en el horizonte actual, no solo por el carácter fragmentario del presente –que nos pide grandes cautelas cuando empleamos términos como sociedad, pueblo o nación– sino que también por el hecho de que las categorías que el pensamiento occidental venía utilizando durante siglos, se encuentran hoy –tras un tumultuoso siglo XX– sujetas a una profunda revisión. En efecto, las filosofías críticas del pasado siglo han puesto el acento en lo corpóreo de la razón (y de sus portadores) y en la vinculación de ésta con las prác-

ticas sociales, en sus enlaces con el poder y el interés, etc. Hasta tal punto se ha llevado este proceso, señala el autor, que «poco es ya lo que en el ámbito del pensamiento queda por deconstruir» (pág. 14). Así considera que «el cuestionamiento de los viejos objetos filosóficos y sus discursos, que ha llevado también a la denuncia de muchas mentiras enmascaradas como “verdades”, parece haber llegado a su culminación.» (Ibíd.)

Y sin embargo no podemos resignarnos a este punto muerto: «hay que pensar», ese es el mandato. Por ello, tras el intenso proceso de deconstrucción conceptual, nuestro momento histórico nos exigiría un momento positivo, un momento de (re)construcción conceptual. Una de nuestras tareas podría ser pues, la de rescatar del olvido y realizar las posibilidades de emancipación que la modernidad nunca pudo llegar a consolidar. Se trataría de buscar, considera Jacobo Muñoz, una «nueva Ilustración».

En estas primeras líneas creemos que se puede sintetizar el *leitmotiv* de esta obra (y quién sabe de cuantas más). Dado este mandato, «hay que pensar», Jacobo Muñoz se enfrenta a una serie de problema de nuestro presente que deben ser pasados por el pensamiento. Problemas como el del universalismo y el eurocentrismo, el de las identidades y los derechos humanos o el problema de una unidad europea, son sólo algunos de los asuntos sobre los que se reflexiona en el presente título.

Una de estas cuestiones que trata en el libro, y que a mi parecer es fundamental, es el problema del supuesto carácter «posmoral» de la sociedad occidental actual. Desde ciertos análisis críticos se ha puesto el objetivo en ciertos rasgos de las sociedades occidentales tales como la ya señalada *fragmentación*, la *desagregación moral* y sobre todo el *relativismo*. Todo ello ha dado pie a hablar, en ciertos diagnósticos contemporáneos, de una supuesta «sociedad posmoral».

Jacobo Muñoz aunque se resiste a emplear dicho término —que no termina de sonarle ciertamente contradictorio— sí se une a estos esfuerzos que tratan de caracterizar el carácter «posmoral» de la cultura posmoderna. Así señala —entre otros— como rasgo de dicha cultura, su *reducción creciente de la moral a derecho y política*, lo que ha llevado según él «a que la preocupación por los fines, móviles, y actitudes y virtudes así como por la “vida buena” digna del hombre, hayan dejado paso a una preocupación exclusiva por las normas correctas y la justicia distributiva-meritocrática» (pág. 35).

También dedica una líneas al denominado *yo expresivo* posmoderno y al llamado «homo economicus». En cuanto al primero, señala cómo se trataría de una subjetividad que elegiría sus preferencias y elecciones partiendo puramente de sus apetencias, sin ningún criterio, valor o principio «objetivo» que pudiera guiarlas *a priori*. «Un yo que busca el sentido en el cultivo del de la propia interioridad, en el autoexamen continuo de los sentimientos, en la búsqueda de sensaciones fuertes y en la transparencia emotiva consigo mismo» (pág. 36).

En cuanto al «homo economicus», Jacobo Muñoz se refiere a un tipo de subjetividad cuyo retorno ya adelantara Michael Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*. Se trataría de una concepción del ser humano que le entendería como *egoísta racional* «un ser que trata de maximizar sus utilidades o beneficios, que busca la satisfacción del propio interés y cuyo espíritu [...] oficia más de instrumento de cálculo sobre los medios que como instancia de reflexión acerca de la pertinencia de los fines» (pág. 37).

Ante este contexto histórico-social (sólo parcialmente expuesto), cabría preguntarse si puede salvarse algo del carácter *normativo* de la modernidad, o sí, por el contrario, seguiría siendo adecuado continuar con la «crítica radical» de sus fundamentos tal y como ha venido haciéndose durante el pasado siglo. Ante la pregunta así formulada Muñoz es claro: hay que defender el proyecto ilustrado, entendiendo a éste como un proyecto *inacabado*. Defender con ello «una *ética mínima* universalizable: la libertad como apertura de oportunidades de vida, la redistribución del poder como posibilidad de acceso de las clases subalternas al gobierno del estado, la liberación de los vínculos de autoridad no justificados consensualmente, la igualación como búsqueda de oportunidades similares de cara a las realizaciones de los proyectos de vida individual, y en fin, la defensa sin concesiones ni ficciones de la tan citada como fácticamente violada “dignidad humana”» (pág. 40).

Jacobo Muñoz, en este intento de contribuir a la construcción de una «ontología del presente», también reflexionará sobre la creciente escalada de conflictos étnicos y religiosos (paradójicamente –o no tanto– en un mundo que vive un convulso proceso de globalización), sobre la cuestión del *multiculturalismo* y del *interculturalismo*; así como también se enfrentará a las tesis del «*Fin de la historia*» de Fukuyama o a la del «*Choque de civilizaciones*» de Huntington.

Centrándonos en este último punto, podemos señalar cómo este último autor pronosticaba hace dos décadas, que los futuros conflictos internacionales adquirirán una *dimensión cultural* cada vez mayor (mermando frente a estos los conflictos puramente políticos o ideológicos). Siendo así, el *choque de civilizaciones* –nos advertía el politólogo– supondría una amenaza creciente y real para la paz mundial (si las civilizaciones no aprenden –claro está– a convivir pacíficamente entre ellas).

Se trataría por tanto –para evitar el indeseable choque– de aprender a convivir, de ser capaces de *dialogar*. Pero para poder hacer esto último –y que se trate verdaderamente de un diálogo, señala Muñoz– uno de los requisitos previos debe ser la *simetría* entre los dialogantes. Algo que conllevaría necesariamente una renuncia a toda postura *eurocéntrica*, esto es, abandonar la idea de que «entre las diferentes alternativas civilizatorias que hoy existen, solo hay una –la occidental– verdaderamente universalizable» (pág. 71).

La postura de Jacobo Muñoz, en torno a todas estas problemáticas es coherente con su defensa del ideal ilustrado esbozada anteriormente. Según el filósofo, se debería buscar «una alianza entre los pueblos forjada, y a la vez basada, en valores realmente universalizables –más allá de todo etnocentrismo y toda nostalgia por el pasado imperial de Occidente–, con la democracia, el imperio de la ley y el respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales. Todo ello en un marco de interculturalidad, claro es, de mezcla si se prefiere de identidades diferentes pero capaces de aprender unas de las otras». (Ibíd.)

Se defiende así la idea de que los seres humanos, pese a sus diferencias, tienen algo que profundamente les une: un «universal-humano». Ese algo posibilita «criterios transculturales de validez» como son los derechos humanos, permitiendo con ello existencia de espacios *interculturales*. Lugares que, pese a la diferencias culturales de sus miembros integrantes, permiten una convivencia integradora, señala el autor.

El libro recoge además lo que él viene a denominar «intervenciones». Se tratan de breves ensayos sobre autores que pueden considerarse clave en los esfuerzos contemporáneos de construcción de esa preciada «*ontología del presente*». Artículos referidos a filósofos

como Sartre, Jaspers, Popper, Ortega, o a poetas como Günter Grass o Cernuda, llenan este apartado donde también podemos encontrar reflexiones en torno al Quijote, al valor del ensayo o a la nueva filosofía española. El libro incluye además un anexo titulado: *El franquismo: un fascismo a la española*, un artículo escrito en 1976 donde el autor argumenta –frente a otras interpretaciones que se han vuelto más hegemónicas– por qué sí debe considerarse la dictadura del General Franco como un tipo muy peculiar de *fascismo*.

En definitiva, el libro de Jacobo Muñoz *Filosofía y resistencia*, se puede entender tanto como *invitación* como *realización* de lo que en él se propugna. Es decir se debe entender no sólo como una «invitación» a *pensar* nuestro fragmentado presente, a hacer filosofía, sino que también como una contribución efectiva a dicha tarea.

Se trataría de estar a la altura de nuestro tiempo, algo que había caracterizado el mismo autor en una introducción a *Misión de la Universidad* de Ortega y Gasset cuando señalaba los nuevos retos a los que se enfrenta la filosofía «Transformar los significados constituidos, interpretar y discutir los discursos hegemónicos, crear nexos de sentido frágiles y limitados, pero iluminadores, trabajar, en fin, en la creación y generalización de una cultura crítica cuyo objetivo sea el de librarnos de la fatalidad biológica y social, de las constricciones de un entorno siempre irreflexivo y tiránico y de la compulsión acrítica a lo dado: esos son los retos a los que, en un tiempo de complejidad casi abarcable, debe hacer frente, con sus armas específicas, la filosofía» (J. Muñoz, *Introducción a Misión de la Universidad*, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 50)

Jacobo Muñoz, con su modesta pero valiosa contribución, nos lanza el guante, reformula un reto que no es sino el eco de una vieja y provocadora voz: *sapere aude!* Sólo depende de nosotros afrontar el desafío.

Luis Mario LOZANO MARTÍN
luimarloz@gmail.com

GOTTSCHLICH, M. (Ed.): *Die drei Revolutionen der Denkart. Systematische Beiträge zum Denken von Bruno Liebrucks* [*Las tres revoluciones del modo de pensar. Contribuciones sistemáticas al pensar de Bruno Liebrucks*], Freiburg / München, Karl Alber, 2013, 309 pp.

La presente publicación reúne una serie de artículos, donde se exponen los resultados del Simposio celebrado entre los días 12 y 14 de octubre de 2011, en la Universidad Católica-Teológica de Linz (Austria) y en colaboración con el Instituto de Filosofía de la Universidad a distancia de Hagen (Alemania), con ocasión del primer centenario de la incorporación de Bruno Liebrucks en el Instituto de Ciencias del Arte y Filosofía de la Universidad Católica-Teológica de Linz.

Bruno Liebrucks (1911-1986) comenzó su carrera académica en 1929 con el inicio de sus estudios universitarios de Filosofía, Ciencias Religiosas, Historia y Geografía en Königsberg. Luego de una larga trayectoria llegó a ser, en 1959, Profesor Ordinario de Filosofía y Director del Seminario Filosófico de la Universidad *Johann Wolfgang Goethe* de Fráncfort del Meno, cargo en el que se desempeñó hasta alcanzar el grado de Profesor Emérito de esa Universidad, en 1976. Entre los años 1964 y 1979 publica su obra principal,